

KAFKA, Franz. *El fogonero*. Trad. de Fritz Bogelmann e ilustraciones de Elisabeth Siefer. México, Fam-Ram, 1985.

Si Karl Rossmann, el protagonista del cuento “El fogonero”, de Kafka, es una figura que se balancea delicadamente en lo que podríamos llamar una “entredad”, un espacio y un tiempo de suspenso crítico, el vacío del presente vivido entre pasado y futuro, las ilustraciones de Elisabeth Siefer asimismo se van configurando en una serie de entredades.

Karl Rossmann es una figura de límites, o más bien personifica límites. Así, es un límite entre la propia niñez sentimental y confusa personificada en el fogonero y la madurez racional, ya insertada en el mundo de los adultos cuando corrige al fogonero diciendo: “usted debe contar esto con mayor sencillez, con mayor claridad, el señor capitán no puede apreciarlo tal como usted se lo cuenta”; un límite, pues, entre emocionalidad confusa y capacidad de abstracción. El personaje es asimismo receptáculo vacío, un límite entre el amor interesado de los padres y el amor simple y desinteresado de la sirvienta por la cual el protagonista se dejó seducir. Otra entredad la encontramos entre la presencia humana de una multitud invasora, los mozos de cuerda que arriman al protagonista hasta la borda del barco, y la soledad humana de pasillos interiores, en los que la propia presencia y existencia se vuelve perdediza de sí misma, crisis existencial resuelta por medio del llamado a una puerta cualquiera y la presencia salvadora del fogonero. Aquí, una entredad entre llenos y vacíos interiores, multitudes aplastantes y soledades.

Encontramos otra entredad en el encuentro de dos otredades: el mundo de los adultos, los personajes que se encuentran en el camarote del capitán, y la otredad del fogonero calido, confuso e infantil, otredad que se vuelve mismidad desde el

instante en que Karl, espontáneamente, toma partido por ésta. Con ello encontramos una nueva entredad enlazada, y es el espacio entre, por un lado, el no compromiso, la dejadez infantil que deja que los adultos se responsabilicen de la propia vida, en el abandono de la criada con su hijo, y por otro lado, el compromiso humano con la suerte del fogonero. Así pues, podemos seguir con toda una lista de entredades: unas que se dan a partir de oposiciones, otras que se dan naturalmente enlazadas: razón y sentimiento, pasado y futuro, orden y desorden emocional, protesta anárquica contra la autoridad y comprensión racional de ésta y su justicia, dependencia e independencia emocional, el pasado perdido simbolizado por el baúl lleno de pertenencias, objetos, y un futuro aún no realizado, vacío e inseguro. Europa que se opone a América, el encuentro de la propia madurez y la despedida de la infancia, la posesión de objetos depositarios del yo y la pérdida de los mismos, la apariencia racional y la esencia emocional; en suma, una entredad simbolizada por el vacío fluido, vital, del aquí y el ahora en la imagen del barco sobre el agua y la posibilidad de síntesis liberadora simbolizada por la estatua de la libertad.

“Si es ahora lo que cuenta”, dice la figurita blanca y receptiva, vacía, que encontramos en las ilustraciones de Elisabeth Siefer. Es en ellas que encontramos, pues, esta misma conciencia de la entredad vital, fluida, heraclitiana: las ilustraciones todas, en planos fragmentarios, fluctúan entre perspectivas subjetivas y objetivas, íntimas y distanciadas, entre visión desde arriba y desde abajo; con una sola síntesis: la visión distanciada, horizontal, de la estatua de la libertad, separada significativamente del observador por el agua, siempre el agua.

La visión subjetiva imita la perspectiva dada por los ojos del niño que ve el mundo adulto desde abajo, enorme, avasallador; así por ejemplo, la imagen del fogonero en el camarote, en el encuentro entre éste y Karl. La visión subjetiva también se manifiesta en las ilustraciones donde se ha hecho caso omiso de detalles superfluos y donde tan sólo algunos, por emocionalmente significativos, saltan a la vista: el brazo extendido, enojado del fogonero que se siente injustamente tratado en el trabajo, los ojos y el bigote del mismo en la ilustración siguiente, el uniforme del empleado ante el que Karl saca su pasaporte, el gorro del capitán, con un vacío por rostro, lo ojos redondos y abiertos del tío, etcétera. Podemos llamar a esta perspectiva interior, íntima y ejemplo de la visión infantil.

Otra perspectiva es la exterior, objetiva aunque no totalmente: la ilustración en que el protagonista se pierde entre los pasillos del interior del barco, otra en que la figurita blanca toca a la puerta del camarote del fogonero, y otras en que se conjugan la visión subjetiva y la objetiva a la vez: la mano que toca uno de los botones eléctricos —una mano llena de poder— y la en que la mano blanca de Karl juega con la mano enorme, café, del fogonero.

De este modo podemos decir que en las ilustraciones de Elisabeth Siefer encontramos varios planos subjetivos, que van desde el interior todavía infantil del personaje hasta la visión subjetiva de la misma artista. Hay veces en que ambas subjetividades se encuentran y traslapan, y veces en que las dos se separan nítidamente.

La visión objetiva extrema es la que encontramos ahí donde, por cuatro significativas veces, aparece la estatua de la libertad. Ahí nos topamos con planos horizontales, distanciados, en perspectiva que podríamos llamar realista. La diosa de la libertad, en plateado, dos veces con el brazo hueco y dos con el brazo lleno: libertad de la que se está separado por el agua todavía, libertad que puede, a modo de promesa, llegar a realizarse en una vida plena, o a modo de amenaza, frustrarse en una vida vacía, recordando a Lao Tse, quien dice “el vacío de Tao es difícil de llenar”.

Una libertad que no está al alcance de la mano: para llegar a ella hay que salvar las aguas, hay que nadar o ir en lancha, hay que vivir la vida. Una vida que aún puede darse como conexión y compromiso o como ruptura definitiva con el ser íntimo, el niño que Karl reencuentra en la figura del fogonero y cuya pérdida exterior, que no interior, luego llora en una explosión emocional que hace caso omiso de las conveniencias.

Una libertad, también, como soledad: es significativo en extremo que el texto diga: “pero el tío esquivó su mirada y se quedó mirando las olas que se mecían en torno a la lancha” y que la artista lo haya ilustrado con, una vez más, la estatua de la libertad y una extensión amplia de agua. Libertad que implica también, pues, soledad humana.

En las ilustraciones del libro, sin embargo, encontramos otras entredades. Así, como ya vimos, el linde entre interioridad y exterioridad en las perspectivas, los tamaños de figuras y objetos en proporciones también subjetivas y objetivas, pero también un límite entre azar y necesidad en la técnica empleada, un compromiso entre formas nítidamente recortadas con tijera y otras rasgadas al azar aparente. Una entredad, también, configurada por la presencia y la ausencia de objetos materiales: el borde del barco, los pasillos, la puerta, el pasaporte y la mesa redonda, objetos presentes por emocionalmente significativos, a la vez que ausentes en las demás ilustraciones, donde se enfatizan las figuras humanas y sus actividades o, más bien, las relaciones y contactos que se dan entre los personajes,

Relaciones que se ilustran con la sobreposición de figuras, el contacto físico directo, y la separación paulatina entre unas figuras y otras. Un contacto emocional en estas sobreposiciones, y un contacto precisamente más flojo, educado y racional, en el abrazo que el tío da al protagonista.

Tal vez podamos decir que las ilustraciones de Elisabeth Siefert corresponden a otras tantas elecciones: elección del contacto humano y no de la soledad y la distancia. Elección de la visión subjetiva y emocional en su estética; elección, también, de colores significativos: el plateado de la estatua de la libertad, el rojo cuadriculado tanto para los edificios del horizonte de Nueva York como para el pasaporte, el azul de los uniformes de personajes cálidos y emocionalmente significativos, y el negro para los trajes de los personajes de menor importancia, los racionales, distanciados, y tal vez angustiantes por su misma racionalidad.

En breve, encontramos en estas ilustraciones un perfecto equilibrio entre la necesidad estética y la libertad emocional por medio de la técnica empleada. Y así como el protagonista está en la cuerda floja del fluir vital heraclítico, también las

ilustraciones están hechas con una tensión vital entre azar y necesidad, sujeción y libertad, llegando a constituir una síntesis entre estos opuestos que a la vez es un equilibrio que se interrumpe a sí mismo en cada imagen, por medio del importantísimo juego de perspectivas.

De este modo podemos representar el cuento y sus ilustraciones como dos triángulos que se traslapan y se complementan: un presente, una libertad en vías de conquista, entre pasado y futuro, Europa y América, niñez y madurez en el cuento, y una forma de libertad conquistada en las imágenes, síntesis entre azar y necesidad.

En suma, dos síntesis de las que podemos deducir que el juego entre libertad y sujeción, dependencia e independencia, azar y necesidad, es el agua de la vida, el fluir del sentimiento presente en el aquí y el ahora, la emoción apoyada por la razón pero libre de trabas morales o circunstanciales.

Dos síntesis que expresan la conquista de la libertad, que en esencia es la del compromiso, la entrega sin temor a la circunstancia y la necesidad de la realidad en el mundo, la entrega al estar presente. Y así como el personaje de Karl de cierto modo exclama aquí estoy, también Elisabeth Siefert nos comunica a través de sus imágenes un estoy aquí, mundo, mundo, mundo, yo también estoy aquí.

*Adriana de Vries*